

ME GUSTA UN LUGAR EN EL MUNDO

FAVIANA SCOGLIO





**ME GUSTA
UN LUGAR EN
EL MUNDO**

Faviana Scoglio

Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2020.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798571949262

Depósito Legal: ZU2020000247

Diseño de la portada: Luis Perozo Cervantes

Corrección: Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:

Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com

+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiusdem*, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

**ME GUSTA
UN LUGAR EN
EL MUNDO**

Faviana Scoglio

Nadando con Cleopatra

Hoy cumpla cincuenta y tres años. Nací en Chicago, viví allí casi toda mi vida. Me gradué a los veinte tres años, pase los siguientes veinte nueve dando clases de matemática a estudiantes de primer semestre de ingeniería, me case cuando tenía treinta y cinco, ella era profesora de literatura francesa en la misma universidad, no tuvimos hijos, adoptamos un perro que al poco tiempo murió debido a un problema en sus riñones.

Estoy sentado en las escaleras de la entrada principal de mi casa. Al frente tengo la playa, el agua está serena, algunas gaviotas acompañan la vista, cada día me siento aquí a escribir en mi diario. Reflexiono y recuerdo. Quiero documentar mi existencia, aunque aún no estoy seguro por qué.

Hace más de un año me diagnosticaron cáncer en el estómago, los síntomas eran muy leves pero el tumor había aumentado, no era posible hacerme una cirugía, las opciones era una radioterapia muy dolorosa o la quimioterapia que me traería una pérdida de peso, tendría entonces un cuerpo débil, los tratamientos son muy costosos, al poco

tiempo acabarían con los ahorros de toda mi vida. Lo justo es que cada persona elija como morir. Elegí morirme, de la mejor manera, aunque suene a suicidio.

El médico me dio la noticia sin rodeos. Salí del consultorio llorando, cuando llegué a casa me deje caer en el sofá, llore como un niño, no recuerdo cuanto tiempo estuve así, lo siguiente que hice fue sentarme frente la computadora, comencé a navegar sobre páginas web que hablaban del cáncer, leí sobre los tipos de cáncer que había y el deterioro que produce cada uno de ellos, incluso me registré en algunos foros. Conseguí artículos que hablaba sobre los tratamientos y las probabilidades de que funcioné. Pase semanas obsesionado con la idea de encontrar algo que me diera la esperanza de salvar mi vida, aunque ahora que lo pienso no tenía ninguna razón para seguir viviendo. Los síntomas se hacían cada día más notorios. Probé la medicina natural, busqué la opinión de otro especialista, el resultado era siempre el mismo. Vi documentales, películas, pero siempre llegaba a la misma conclusión, la muerte es una cita donde no podemos faltar.

Un día me fui a la cama, me quedé dormido con la televisión encendida. Soñé que nadaba en la playa

con Martina, mi difunta esposa, su cara perfilada, ojos como dos granos de café tostado, su mirada intensa, piel canela, tenía movimientos armónicos, estaba desnuda, verla era la descripción perfecta del arte. Desperté con la respiración agitada, desorientado, hasta que caí en cuenta que estaba en mi habitación y no en esa playa de ensueño. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en presencia de una mujer desnuda, eso generó una convulsión en mi interior, me sentía acalorado.

Estaba cansado de leer sobre lo mismo: el cáncer y todo lo relacionado al tema. Decidí buscar cuáles eran playas más hermosas del mundo, quizás encontraría aquel lugar que había estado soñando, encontré una isla en Turquía, la leyenda dice que Cleopatra y Marco Antonio habrían nadado allí, se decía que la arena habría sido traída por barcos procedentes del mar rojo, se llama la Isla Sedir o Isla de Cleopatra. Recordé que Martina, me había regalado un libro que hablaba del Imperio Romano, me levante del escritorio, busque entre algunas cajas, luego de un rato encontré lo que buscaba, un libro de tapa dura, en la primera página estaba una dedicatoria escrita con una caligrafía impecable “Para mi amor... Martina”. Hojeé el libro y recordé algunas cosas que había olvidado. En-

contré un párrafo que hablaba del romance que tuvo Cleopatra con Marco Antonio y de cómo se escapaban para poder amarse en secreto. Tal era el amor que el general romano sentía por ella, que como muestra de afecto y cariño le habría regalado este sitio. Una isla entera para Cleopatra.

Conocí a mi esposa en invierno, tenía treinta y cuatro años. Era nueva en la universidad, coincidimos en la estación de metro cuando iba de regreso a casa, entre al vagón, solo habían pocas personas, me senté cerca de la puerta, ella también había subido en la misma estación, se sentó a mi lado, llevaba puesto un abrigo color café, su cabello estaba recogido en una media cola, sus labios estaban pintados color nude, yo llevaba un libro en las manos, ella al verlo me hizo un comentario, estuvimos hablando todo el trayecto, íbamos en la misma dirección, nos bajamos, vivía a dos calles de mi casa, recién había llegado a la ciudad, nos sentamos en un café que quedaba en la esquina, era famoso por hacer el mejor cappuccino y las mejores pizzas grasientas de todo Chicago. Nos hicimos amigos y me encargue de que conociera toda la ciudad. Un día me llene de valor, le pedí que saliéramos en una cita, me miro con atención y luego de un rato sonrió, dijo que estaría bien.

Después de varias citas, le pedí que fuera mi novia, al mes estábamos viviendo juntos y a los seis meses estaba de rodillas pidiéndole que se casara conmigo. Fue una boda sencilla, los testigos fueron unos colegas, hicimos una cena en un restaurante para celebrar, su Madre y su hermana eran la única familia que tenía además de mí, vivían en Waterton, una aldea al suroeste de Alberta, Canadá, la boda se organizó en tres días, fue tan pronto que su familia no pudo venir. Por otra parte, a mí no me quedaba familia, soy hijo único, mi madre murió cuando tenía siete años y mi padre murió cuando tenía veinte cuatro.

Tuvimos los mejores cinco años de casados. Nuestra vida era ordinaria, jornadas laborales, vacaciones cortas, ahorrábamos para el futuro. Murió de un ataque al corazón, fue sorpresivo, ella tenía treinta dos, cuando pienso en ella siento una presión en el pecho, mi estomago se contrae provocándome un gran dolor. El día que murió, yo estaba en medio de una clase, recibí una llamada, al principio no entendí nada de lo que me decían, solo que Martina había tenido un accidente, tenía que ir rápido a Chicago Lakeshore Hospital.

Nunca en mi vida había sentido tanto miedo. Al llegar al hospital le pregunté a la recepcionista que

había sucedido, le di el nombre de mi esposa, ella verifico algunas hojas, cuando encontró el nombre me miró fijamente, pude sentir compasión en su mirada, me tomó por el brazo, dirigiéndome al comienzo de un pasillo de paredes blancas, era largo y angosto, me dijo que tocara la última puerta a la derecha del pasillo, ahí encontraría el doctor que atendió a mi esposa. Toque la puerta con los nudillos, antes de esperar una respuesta mi mano estaba empujando la manilla hacia abajo, encontré al doctor detrás de un escritorio, le explique que buscaba a mi esposa, fue entonces cuando me dio la noticia de que había muerto. Después de eso los siguientes días fueron un infierno, despertaba por las noches llorando, pasaba días sin comer, en ocasiones ni siquiera me levantaba de la cama.

Encontré una agencia de viaje que ofrecía paquetes turísticos a Turquía, Chicago ya no representaba nada importante, los tiempos donde fui feliz habían quedado atrás. Decidí renunciar a mi trabajo, pagar todas mis deudas, vender todo lo que tenía, un pequeño departamento, un auto, fui a esa agencia de viaje. Compré un pasaje a Turquía y me fui sin mirar atrás. El vuelo duro dieciséis horas y cuarenta y cinco minutos, la mayor parte del vuelo estuve dormido y solo me desperté

para comer e ir un par de veces al baño. Cuando llegue había un chofer esperando por mí, contrate sus servicios para que me llevara a la isla, el viaje por carretera duraría aproximadamente nueve horas, en el trayecto ambos íbamos en silencio, yo contemplaba los distintos lugares por lo que cruzábamos, solo nos detuvimos para comer e ir al baño, era verano y el calor era pegajoso.

Cuando llegue a la isla era de noche y nos alojamos en una posada. Al día siguiente quede impresionado con el lugar, la arena era de un color rojo sutil, el agua era de un verde intenso, debido a la época no había turistas, solo se escuchaban las gaviotas y otras aves propias de la región.

Algunas casas estaban cerca de la playa, convertidas en pequeños restaurantes, alquiler de equipo de buceo, posadas, entre otros. Había una casa en venta, los dueños eran una pareja de ancianos que se habían cansado de vivir en ese paraíso, sus hijos vivían en la ciudad y ya no los visitaban tan a menudo, después de llegar a un acuerdo cerramos el trato, la casa era mía.

He vivido aquí poco menos de un año, hubiese querido mostrarle a Martina este paraíso, poder tener hijos aquí, en época donde los turistas vienen ofrezco recorridos por la isla y explico un

poco sobre la leyenda que la acompaña, entre las pertenecías que me traje está el libro que me regaló Martina. He tenido tiempo suficiente para leerlo. Algunos turistas creen que al nadar en la isla están nadando con Cleopatra, a mí también me gusta creer en esa teoría, hace que la experiencia sea mística.

Han pasado varios meses desde la última vez que tuve síntomas de mi enfermedad, sigo esperando la muerte para reunirme con mi amada, volver a verla y contarle todo lo que ha sucedido el tiempo que no hemos estado juntos. Ese sueño cambió mi vida y el libro me dio una razón para seguir viviendo, espero que Martina también me extrañe.

Quizás ya no me muera, mientras espero seguiré nadando con Cleopatra.

Gelato di Casoli

Me despedí de mis padres y mi hermano de tres años en el aeropuerto de Maiquetía, el viaje a Casoli fue largo, nos montamos en un avión grande abarrotado de personas, estábamos sentados en la fila cinco, los asientos estaban ocupados por mi abuelo, mi abuela, mi tía y yo, en la fila seis iban mis tres primas mayores. Tenía cinco años, era el invierno del 2000.

En Roma nos esperaba un chofer. Hicimos un viaje de seis horas por carretera hasta llegar a Casoli, el pueblo donde nació mi abuelo paterno y donde vivió hasta los veinte y dos años para luego emigrar a Venezuela por la crisis que vivió Italia después de la guerra.

Casoli es una localidad de la provincia de Chieti en Abruzzo, un área montañosa, tiene una plaza que está rodeada por restaurantes y algunas tiendas pequeñas. Por las tardes algunos ancianos se sientan en la plaza a leer el periódico, pasean sus mascotas, jóvenes manejan bicicleta, otros toman clases de teatro, los restaurantes abren en ciertos horarios, los domingos hacen bailo-terapia en la calle y solo tiene dos supermercados. Muchas ca-

sas tienen sus propios huertos, algunos incluso venden sus productos artesanales como aceite de oliva, mermeladas y antipastos.

Los primeros días fue difícil acostumbrarnos al frío, mi abuelo nos había enseñado algunas palabras para que pudiéramos comunicarnos, pero no era suficiente, era un idioma distinto. Un día mis abuelos y mi tía nos llevaron de paseo por una carretera que subía a una montaña, conoceríamos la nieve. La carretera tenía muchas curvas, todo el viaje mire por la ventanilla hasta el punto de sentirme mareada. Cuando nos estacionamos mis primas abrieron la puerta del carro y todas bajamos corriendo. La abuela me gritó que me pusiera los guantes para tocar la nieve, ya era demasiado tarde y mis manos estaban sumergidas en el hielo. Saqué las manos lo más rápido que pude, las sacudí frenéticamente, me había quemado, mis primas que, si se habían puesto los guantes antes de bajarse del auto, soltaban carcajadas tan fuertes que resultaban irritantes.

Luego de recuperarme de la terrible experiencia, ponerme los guantes hicimos un muñeco con bolas gigantes de nieve, me hubiera gustado ponerle una nariz de zanahoria y ojos de botones.

Al volver de aquella montaña, fuimos a la plaza. El

único restaurante abierto era una heladería, vendían paninis y algunas bebidas calientes. Pedí un gelato, un postre frío que se parece al helado, difiere en su elaboración además de ser un producto artesanal propio, venía con dos bolas en una barquilla, una era de frutos rojos, su color y sabor era intenso, sentí como se derretía en mi boca, y la otra era de stracciatella, a base de leche con finas e irregulares virutas de chocolate, saboreé todo el helado y cuando me di cuenta me estaba comiendo la barquilla con textura de galleta.

Después de tantos años aun sigo saboreando ese postre, el sabor quedó en mi memoria para siempre. No he vuelto a tocar la nieve sin guantes.

En tercera persona

Día sesenta y siete de cuarentena

Los días pasan, aun el mundo no tiene una cura para el virus que hace meses lo amenaza, en Antelope un pequeño pueblo de Oregon, vive Michelle, tiene 25 años, cada mañana se va al centro del pueblo, compra el periódico, hace sesenta y siete días que no lo hace.

Decide hacer su día diferente, retomar su antigua rutina. Se pone un jean ajustado, una sudadera, zapatos deportivos, mete su celular en el bolsillo trasero y sale a la calle. El sol la encandila, le provoca una punzada en la sien, luego de tantos días encerrada se siente extraño estar al aire libre.

Camina por la calle Maupin St. hasta llegar a la intercepción con la calle College St., entra a un local, las luces están apagadas, en la puerta está guindando un cartel que dice: “abierto”. Saluda al encargado, agarra un periódico, pide un café de maquina y espera en la caja. El encargado tiene una mascarilla, guantes de latex, rocía el dinero con alcohol y luego le entrega su cambio.

Al salir se sienta en un banquito para disfrutar del sol y el café que aún está caliente. La señora Mary está barriendo la entrada de su casa, la saluda con la mano mientras deja la escoba a un lado y se acerca a ella, se sienta su lado.

—¿Supiste lo que sucedió con Roberto? —Baja el tono de su voz casi a un susurro.

—No. —Es difícil tomar un café al aire libre sin que venga una vieja chismosa.

—Dicen que contrajo el virus, algunos vecinos intentan evitarlo, el virus está en el aire.

—¿Cómo saben que contrajo el virus?

—Creo que Daniel. Su vecino escucho mientras tosía.

—¿Ya vio a un médico?

—No, pero desde entonces no ha salido de su casa.

—Es una pena, tengo que irme. —Se levanta de mala gana y camina de regreso a casa.

Michelle suele evitar a los vecinos chismosos, en el último censo determinaron que la ciudad tiene menos de cien personas, desde que el virus empezó algunos habitantes han traído a sus familiares de otros estados, hay más personas en el pueblo, eso es evidente.

El virus ha logrado crear un ambiente tenso entre los vecinos, antes se hacían barbacoas los domingos luego de misa, los miércoles en las noches los vecinos se reunían para planificar quienes irían a la ciudad el sábado por la mañana a comprar algunos suministros, era una gran familia en una superficie de mil doscientos metros cuadrado.

La noticia de confinamiento social fue dada por el alcalde, al principio las personas no prestaron mayor atención, hasta que empezaron a llegar personas de otros estados.

Decide ir a casa de Roberto para asegurarse de que no le falte nada, vive a tres casas de la suya, cuando esta cerca escucha unos pasos acercándose, vuelve la mirada y es Diane, una de las vecinas.

—¡Oye Michell, espera! —Grita lo suficientemente alto.

—Hola Diane.

—¿Vas a casa de Roberto? —Pregunta jadeante

—Si. Quiero saber si está bien, debe necesitar suministros.

—Tiene el virus y es peligroso que te acerques a él.

—Aun así, quiero ayudarlo, es mi vecino y me preocupa que le suceda algo.

—No puedo dejar que vayas.

—¿Qué?

—Los vecinos nos hemos organizado para que nadie se acerque a él, es por el bien de todos, si te acercas a su casa tendré que reportarte y no podrás salir de tu casa.

—¿De qué me estás hablando? —Estaba roja, su tono de voz estaba aumentando.

—Michell, nos estamos cuidando, las personas enfermas tienen que permanecer en su casa y no tener contacto con otros.

Se dio la vuelta y dejó a Diane hablando sola, todo era una locura, sus vecinos habían perdido cualquier sentido de humanidad.

Al llegar a su casa nota que hay un bulto en el piso. Es una rata, está muerta, toma una bolsa y recoge al pequeño roedor. Enciende el televisor, cambia al canal de noticias, el confinamiento se alarga treinta días más.

Una mañana inusual

Desperté más temprano de lo habitual, son las seis y media de la mañana, estoy quitándome la suave sabana que me regalo mi hermano en la navidad pasada, cuando lo hizo me dijo: “cada mañana te acordaras de mí, no podrás levantarte de la cama”, tenía razón, la sabana es suave, tiene un tono rosado inusual, parecido al rubor de una adolescente tímida cuando el chico que le gusta la invita a salir. Luego de levantarme, aun soñolienta camine hacia el baño para cepillarme los dientes y hacer aquella rutina de cada mañana.

Me gusta trotar antes del desayuno, el parque al que suelo ir queda a un kilómetro de mi casa, mi rutina es casi siempre la misma, correr treinta minutos mientras escucho un playlist en Spotify que dura el mismo tiempo, luego me siento en uno de sus bancos viejos y húmedos por el rocío del amanecer.

Esta mañana es inusual, Bobby sube corriendo las escaleras con una agilidad que nunca deja de sorprenderme, se detiene en mi puerta mientras yo termino de vestirme, me mira con sus ojos verdes

que me recuerdan a las aceitunas, es un color intenso, tiene una mirada noble y de alguna manera casi mística puedo leer sus pensamientos, quiere salir a pasear, el problema es que cuando va conmigo modifico la rutina. Es un Bulldog Ingles, su pelo es azul oscuro como un diamante Hope, tiene algunas manchas blancas en sus patas delanteras, en su cara alrededor de su boca tiene algunas tonalidades distintas color café, pesa treinta y un kilos y solo tiene cuarenta centímetros de altura, el veterinario recomienda que sus paseos sean cortos sin llegar a la fatiga.

Luego de amarrar las trenzas de mis zapatos busco su collar en la primera gaveta de la mesa de noche, él se sienta y espera pacientemente a que lo ajuste a su cuello, bajamos las escaleras, empujo la manilla de la puerta hacia abajo para poder abrirla, apenas me da tiempo de meter las llaves en el bolsillo antes que la puerta se cierre detrás de nosotros.

El día está fresco, son las siete y seis minutos de la mañana, el sol no ha terminado de despertarse, el verano llegará pronto y las mañanas dejarán de tener esa frescura.

El parque tiene forma de círculo, alrededor tiene un camino de cemento por el que algunas perso-

nas trotan en cualquier momento del día, no hay muchos árboles solo algunos Toborochi que dan una sombra generosa. Luego de caminar quince minutos me siento en uno de los bancos que tiene vista a la calle mientras dejo que Bobby se relaje.

Algunas personas pasan frente a nosotros, la mayoría distraída en sus teléfonos y otras simplemente trotan con audífonos en los oídos, en ese momento veo a Matías del otro lado de la calle distraído con su celular, mi antiguo vecino, se mudó después de que su hermana llegara de Irlanda. Es alto, tiene el cabello castaño, un poco rizado, sus ojos son como dos avellanas, y su piel pareciera estar siempre bronceada.

Lo conocí en el cumpleaños de su hermana Jean-na cuando tenía siete años, fue la primera vez que lo vi, siempre he sido tímida, nunca he podido decirle ni una sola palabra, tengo una sensación extraña cuando lo veo, comienza con un cosquilleo en la parte baja de mi espalda, sube por mi columna vertebral hasta mi nuca, mi voz se vuelve débil y las palabras dejan de fluir por mi boca.

No lo había visto desde el verano pasado cuando sus padres murieron en un trágico accidente. Él y su hermana decidieron mudarse a una casa más pequeña. Cuando era mi vecino recuerdo que jugaba

fútbol con los otros chicos de la calle, siempre me asomaba en la ventana para verlo, lo hacía bastante bien, era ágil con la pelota y casi siempre anotaba algún gol. Además de eso íbamos a la misma escuela, aunque no al mismo curso, siempre que me lo encontraba en un pasillo evitaba su mirada y aceleraba el paso, al finalizar el año la escuela tenía un cuadro de honor con el nombre y foto de los mejores estudiantes y él siempre aparecía.

Han pasado quince años desde la primera vez que lo vi, él es apenas 2 años mayor que yo, cuando llegaban las vacaciones solía irse de campamento, eran los días más aburridos. Es inevitable imaginar todo lo que hubiese podido pasar entre nosotros si alguna vez hubiese tenido la valentía de hablarle. Quizás nos hubiésemos podido hacer amigos o en el mejor de los casos novios.

Estaba embelesada con su presencia, él dejó de mirar el celular, dirigió la vista hacia donde yo estaba, me di cuenta de que me estaba mirando, no sabía qué hacer, Bobby comenzó a caminar a mi alrededor y a querer morder mis zapatos. Mientras nos mirábamos tuve la sensación de que él se acordaba de mí, ese pensamiento dibujó una sonrisa en mi cara lo que hizo que el también sonriera levantando su mano como un gesto de saludo.

¡Wao, me recordaba, definitivamente esta mañana era inusual!

Margarette

San Francisco Times, 10:25 am

El director del periódico decidió programar una reunión. El pasillo estaba atestado de mensajeros, personal de limpieza, redactores, fotógrafos. Entré en la sala de reuniones donde nos habían citado, llegué cinco minutos antes de la hora pautada. Según el correo se asignarían nuevas tareas que ayudarían al periódico a salir de la crisis. El director entró, es un tipo barbudo un tanto obeso, su voz es ronca. Detrás venían tres personas más, todas tomaron asiento en las sillas alrededor de la larga mesa ovalada. El director tenía una camisa blanca con una mancha de café justo en el medio, el cinturón alrededor de la cintura tenía un hueco improvisado casi al final debido a su abdomen abultado.

—Buenos días, estamos listos para empezar —
Hizo una pausa para asegurarse de tener la atención de todos—. Es una reunión breve, necesito que todos me presten atención. —Dijo paseando su mirada en cada uno de nosotros—. Tengo tres

tareas importantes y confió en ustedes para que lo hagan de la mejor manera.

—Pero...—Empezó a decir Lucía tratando de interrumpir al director

—No me interrumpas, sé que tienen preguntas y tratare de responderlas, pero por ahora escúchenme. —Dijo tajante

Estoy dibujando mariposas en mi agenda, mientras escucho lo que dicen, no me gusta hablar en las reuniones, soy fotógrafa, mi trabajo se basa es capturar momentos. Lucía en cambio es diferente como es periodista, siempre tiene algo que decir.

—El primer proyecto es para Martín y Janet, quiero que me hagan un seguimiento sobre el caso del niño que murió a causa de torturas propiciadas por sus padres, está metida la gente servicios sociales. Algunos policías que hicieron la inspección en la casa no notaron que había maltrato infantil.

—Dijo con voz ronca mientras le pasaba una hoja a Martín. Janet anotaba todo lo que él decía en una agenda rosada—. Quiero todos los detalles, entrevisten hasta el perro de la cuadra para ver que sabe.

—¿Ese caso ira a tribunales? —pregunto Martín mientras se remangaba la camisa.

—Eso es lógico, por algo quiero que ustedes lo investiguen —dijo con voz ronca

Ellos son un matrimonio, trabajan juntos en el periódico desde hace siete años, Martín es periodista, audaz para conseguir información, Janet estudió fotografía en Nueva York, tiene la sutileza necesaria para fijarse en los detalles, casi nunca hablaban a menos que fuera necesario.

—Lucía quiero que cubras los eventos que habrá el fin de semana, el sábado es la recaudación de fondos para la fundación de la actriz que tuvo hace poco un escándalo por sobredosis, hará una fiesta. El domingo una subasta.

—¿Ashley Mason? —Preguntó Lucía mientras abría el block de notas de su celular.

—Esa misma, quiero saber que sucedió después del escándalo y quiero saber todo lo que pasa en ese evento, va a ir gran parte de la elite de San Francisco, nosotros tenemos que estar ahí cubriendo cada detalle.

Lucía siempre ha tenido buena química para las noticias que tratan del espectáculo, tiene una personalidad coqueta, su ex novio trabaja para uno de los canales de televisión más importante de San Francisco, aun son amigos y la ayuda para tener primicias.

—Margarette, necesito que vayas a un pueblo a casi doscientas cincuenta millas de aquí. Se llama...

—Hizo una pausa para recordar el nombre—. Bodie, fue abandonado después de la segunda guerra, se acerca el 4 de julio, para conmemorar el día de la independencia quiero que hagas un reportaje documental, mira sus alrededores, has entrevistas, fotos, todo lo que se te ocurra, quiero algo diferente. Hay también dos pueblos más en el itinerario. —Le extendió una hoja donde estaba el mapa con los pueblos indicados.

Las tareas que están alejadas de los escándalos son las que me dan a mí, el año pasado me hicieron hacer un reportaje documental de los lugares que suelen visitar los turistas entre cincuenta y sesenta años. Dejé de dibujar y asentí mientras el director hablaba, al fin saldré de mi aburrido escritorio para hacer algo más interesante. Dejo de hablar y pidió que nos pusiéramos en marcha.

Bodie: dos días después

—Veinte dólares al puesto ocho, gasolina estándar. —Mientras extendía un billete de cincuenta al cajero.

—Perfecto. ¿Algo más en que pueda ayudarte?

—¿Cuántas millas me quedan hasta llegar a Bodie?

—Solo faltan treinta millas o quizás treinta dos. Sigue la carretera hasta que veas el letrero a la derecha. Trata de no quedarte hasta muy tarde en ese lugar. —Tanteó buscando el cambio en la caja registradora.

—¿Por qué? —Quiso saber

—Es un lugar sombrío, recuerdo haber ido una sola vez. —Dijo mientras le extendía el cambio

—Gracias. —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Suerte. Hay lugares que son mejor no conocer.

—No le quito la mirada de encima mientras pronunciaba esas palabras.

Subió al auto pensando en las últimas palabras que le dijo el hombre de la caja. Antes de ponerse en marcha puso un CD de Nirvana. La carretera estaba asfaltada, algunas de las líneas blancas despin-tadas, era un desierto con algunos árboles secos. No había cruces de carretera, luego de casi treinta millas en línea recta ve un letrero a la derecha.

Al bajarse del auto, caminó hacia el cartel que estaba en la entrada del poblado, se recogió el cabello rubio en una media cola alta, tomó una fotografía con la cámara digital y luego la guardó en

el bolsillo de su chaqueta de cuero. El reloj de su muñeca izquierda marcaba las nueve y media de la mañana, la temperatura llegaba a los treinta y un grados centígrados.

Bodie, es un poblado abandonado por sus habitantes, muchas de las casas y edificios quedaron intactos, la mayoría con techos de madera, ventanas rotas y algunos autos desamparados desde hace décadas.

Se cuentan muchas historias que sucedieron en Bodie. Una de esas es la del hombre que enloqueció luego que su hijo muriera en la guerra. Mató a su esposa embarazada mientras dormía. Las autoridades del poblado lo buscaron por un tiempo sin tener éxito. Los siguientes días mato a tres chicas, fueron apuñaladas dieciocho veces. Nunca se supo la razón que lo impulsó a matar, luego de esos eventos se ahorco con una soga a media noche en la iglesia del poblado.

Inició el viaje por carretera con su antiguo Volkswagen “Tipo 1”, recorre las primeras doscientas cuarenta y seis millas hasta llegar a Bodie. Tiene que visitar también: Chaco Canyo, St Elmo, para luego volver a San Francisco, haciendo paradas en Whipup y Austin.

Luego de tomar algunas fotografías a los edificios abandonados, bares que fueron famosos antes de la segunda guerra, caminó hasta la entrada de la única iglesia del pueblo. La puerta de madera estaba en el suelo y dejaba ver el interior del lugar, aun con la cámara en la mano entro de puntillas, sintiéndose como un ladrón que entra para no ser descubierto. Había algunos bancos, la mayoría rotos, incapaces de soportar el peso de una persona. El techo tenía agujeros, las paredes reflejaban el abandono de muchas décadas, estaban descascaradas. El lugar conservaba un olor a tierra seca desagradable, las ventanas estaban rotas, fragmentos de los cristales en el piso y el marco de la ventana.

Una cruz tallada en madera destacaba al fondo. Levantó su cámara para hacer fotos, se fijó que le quedaba poca batería. Las pilas AA de repuestos estaban en la guantera del auto. Examinó la cruz que tenía más de dos metros de altura, detrás en una esquina donde la luz no era tan condescendiente había un pequeño agujero en la pared. Metió la mano y toco algo. Era como un bloque, utilizo su teléfono como linterna y vio que era un libro con una tapa de cuero, lo saco. Al principio pensó que sería una Biblia, pero al abrirlo se dio cuenta que las primeras tres páginas estaban en blanco, la cuarta

tenía algunas cosas escritas con una caligrafía ordinaria, lo cerró y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Se levantó y camino hacia la salida. Era tarde y debía buscar algún motel donde pasar la noche, al día siguiente continuaría haciendo fotos y tenía que hablar con personas que vivieron en Bodie antes y después de la guerra.

Llegó al auto y encendió el motor, saco la libreta de su bolsillo y lo examino con más atención, la cuarta página comenzaba diciendo “El día que decidí matar a mi esposa...”

Willow Oasis Motel

Entra a la recepción, el encargado del motel levanta la vista del periódico, mientras se acomoda las gafas, le dice:

—Buenas tardes, bienvenida a “Willow Oasis Motel”, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quiero una habitación simple. —Tanteó en busca del monedero en su bolso.

—Son veinticinco dólares, no incluye desayuno, en la esquina hay un restaurant.

—Gracias. —Le extiende los billetes.

—Subes por las escaleras del fondo y es la primera habitación a mano derecha. Le da las llaves, volviendo su vista al periódico.

—¿Cuanto tiempo ha vivido aquí?

—¿Disculpa? —Levanta la vista y la mira confundido.

—Estoy haciendo un reportaje documental de Bodie. Es a catorce millas de aquí.

—¿Qué puede tener de interesante ese lugar? Es un montón de chatarra. Yo me mude aquí hace cinco años y no conozco mucho, algunas historias de viejos. —Dijo el encargado de forma despectiva

—¿Qué tipo de historias?

—Algunas sin sentido que repiten los ancianos en la residencia donde soy voluntario los sábados en la mañana.

—¿Es muy lejos de aquí?

—Agarra al suroeste por US-395 N, después de trece millas hay un cartel que dice “Mono Like Ct”, giras a la derecha y puedes preguntar en la estación de servicio donde queda “Residencia Abuelos de guerra”.

—¿Está abiertos todos los días?

—Si

—Gracias. Que tenga excelente tarde. —Se gira para ir a la escalera del fondo.

—Igualmente. —Dijo, bostezando y volviendo su mirada al periódico.

Sube las escaleras siguiendo las indicaciones, la primera puerta a la derecha. Entra y deja su bolso en una silla. Es una habitación simple con una ventana donde se ve la calle. Se quita la ropa, camina hacia la ducha, aparta la cortina de plástico con estampado de peces, abre las dos llaves, agua fría y caliente, verifica que la temperatura esté templada con su mano, se mete en la ducha y cierra la cortina. El borde de la ducha tiene un color verdoso con algunas manchas negras, la rejilla del piso tenía restos de cabello del huésped anterior. El agua recorre su cuerpo, le invade una emoción extraña cuando recuerda el diario.

Es tarde, mira por la ventana, la calle está vacía, en la esquina se ve un restaurante con un cartel azul neón, se pone unos jeans desteñida, ajusta las zapatillas, busca una camiseta gris en su bolso, antes de salir agarra su chaqueta negra de cuero, mete las llaves en el bolsillo, sale de la habitación, baja la escalera y otra vez ve al encargado.

—Buenas noches señorita.

—Buenas noches, ¿hasta qué hora trabaja el restaurante de la esquina?

—Hasta las ocho de la noche, aún faltan dos horas para que cierren.

—¿Algún supermercado cerca?

—El más cerca es a cuarenta millas.

—Gracias. —Mientras salía por la puerta del Motel dirección al restaurante.

Abuelos de guerra, 9:00 am

La mañana tenía una frescura que resultaba agradable. Siguiendo las indicaciones del día anterior Margarete llegó hasta el cartel decía “Mono Like Ct”, cruzo para entrar al pequeño pueblo. La estación de servicio estaba cerrada, al lado había un pequeño local de antigüedades. Entró, la vendedora estaba barriendo el lugar, al escuchar el sonido dejó la escoba al lado y se acercó a la entrada.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte? —Dijo mientras pasaba sus manos por el cabello.

—Buenos días. Estoy buscando una residencia de abuelos, creo que se llama “Abuelos de guerra”.

—¡Oh! Si, al final de esta calle giras a mano izquierda ¿tienes algún familiar allí?

—Estoy haciendo un reportaje documental sobre Bodie, quiero entrevistar a alguien que hubiese vivido allá.

—La mayoría de esos ancianos están locos, no creo que encuentres lo que buscas.

—Además de ese lugar, ¿dónde puedo conseguir habitantes que vivieran Bodie después de la guerra?

—Hay un bar que es famoso porque lo visitan los veteranos, algunos son de otras ciudades, quizás tengas suerte. Queda en la intersección de St. Greek con St. Lucas.

—¿Cómo puedo llegar hasta ahí?

—La calle de la Residencia es St. Greek, la intersección es dos cuadras después.

—Muchas gracias. —Giro y salió de la tienda.

—¡Suerte! —Gritó cuando Margarette ya estaba en la calle.

Era un pueblo pequeño, calles solitarias, había algunas casas humildes, un restaurante y una licorería. Al llegar a la esquina giro a la izquierda, el cartel era azul celeste y estaba despintado, decía “Residencia Abuelos de guerra” debajo del nombre se leía “desde 1950”, eso significaba que tenía cincuenta años desde que se fundó. El camino

hasta la entrada era de tierra. Entró, un hombre de casi cincuenta años la recibe.

—Buenos días. —Jugaba con una carpeta de papeles que tenía en las manos.

—Buenos días, quisiera hacer unas entrevistas.

—¿Entrevistas? —Quiso saber el encargado confundido

—Son para un reportaje documental que publicara la revista “San Francisco Times” en los próximos meses.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con eso? —Pregunta a la defensiva.

—Estoy investigando algunos sucesos del poblado Bodie, pensé que aquí conseguiría alguno de sus antiguos habitantes.

—Eso tendrías que hablarlo con el director, mucho de estos viejos no recuerdan ni sus nombres, el encargado vuelve a la una de la tarde.

—Aún faltan dos horas para eso...

—No estamos autorizados para dejar pasar a nadie que no sea familiar o voluntario. —Interrumpiendo la respuesta de Margaret

Las personas de estos pueblos no tienen inten-

ción de ser amables cuando se trata de conocer su historia. Muchos de ellos se sienten incómodos cuando le preguntas del pasado, sienten que cualquier respuesta puede ser juzgada, algunos intentan esconder los demonios y las desgracias que han visto de cerca.

Camino hasta su auto, abrió la puerta y se sentó. Agarro la chaqueta y saco la libreta, paso las hojas rápidamente, vio que había por lo menos treinta hojas escritas, la humedad había dañado algunas. Se detuvo en la hoja diez y comenzó a leer:

18 de agosto del 1947

Es sábado y quiero escribir lo que recuerdo de nuestro primer encuentro. Estaba sentado en un banquito de la plaza cuando te vi, el primer pensamiento que tuve fue acercarme pero sería extraño, estabas vestida con unos pantalones ajustados, dejaba ver tus pronunciadas caderas, tu cabello estaba recogido, era negro, te seguí, lo hice respetando una distancia para que no te dieras cuenta, algo en tu caminar me distraía, me recordabas a ella, no podía ver tu cara y comencé a acercarme, no recuerdo que te pregunté, quizás alguna dirección pero yo estaba distraído mirando tus ojos, me hiciste algunos gestos con los brazos y las manos, baje la mirada para ver tu boca, tus labios carnosos eran como un imán para mis ojos. Me diste la espalda y te fuiste. Alguien te estaba esperando, vi cómo te acercaste a él y le diste un beso en las mejillas, me

senté en el banco y te observe para grabarme tus gestos, luego de un rato te despediste y caminaste por una calle solitaria, te seguí hasta que llegaste a tu casa, era de madera, tu puerta se tambaleaba cuando la abriste, me senté debajo de un árbol, en la sombra, quería tocar tu piel, tus labios rosados me decían que querían ser besados, me sigues recordando a ella cuando era más joven, la única diferencia entre tú y mi esposa muerta era tu abdomen, tu no estabas embarazada. No sé cuántas horas estuve debajo de ese árbol. Comenzaba a oscurecer y no me gusta la oscuridad. Estabas sola en casa, decidí que me acercaría, para preguntarte si me podías dar hospedaje, no quería dejarte sola. Me acerqué, toqué tu puerta, tu gritaste desde lejos, cuando llegaste te sorprendiste por verme, comenzaste a ponerte nerviosa, yo solo estaba viendo la gota de sudor en tu frente y la vena que se hinchaba en tu cuello cuando empezaste a gritar. Quisiste cerrar la puerta y eso no me gusto, te lo impedí y la empuje, perdiste el equilibrio y caíste al piso. Quise ayudarte a levantarte, comenzaste a arrastrarte hacia atrás, estabas enojada, intentaba decirte algo, no me prestabas atención, quería que me escucharas, saque un cuchillo de mi bolsillo, te pusiste peor, me estabas aturdiendo con los gritos y no me dejabas pensar, me abalance sobre ti, quería evitar que te siguieras alejando. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.

Cerró el cuaderno, se quedó pensando en el fragmento de la carta que estaba dirigida a alguien. Un

frío extraño le recorrió la columna, miro a su alrededor, un hombre caminaba por la acera y cruzaba hacia la entrada de la residencia. Tenía cabello negro, algunas canas, llevaba una bata blanca colgando del brazo. Miro su reloj e imagino que ese era el director, se bajó, cerró la puerta y se acercó.

—Disculpe señor. —Dijo levantando la voz para que pudiera escucharla.

—¿Sí? —Respondió confundido sin saber si era a él a quien le hablaba.

—¿Es usted el director? Vine hace rato, pero no se encontraba, lo vi caminar con la bata y he pensado que era usted. —Se había acercado lo suficiente.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me llamo Margarette. —Le extiende una tarjeta de presentación. — Estoy haciendo un reportaje documental sobre Bodie, he escuchado que algunos de sus antiguos habitantes están internados aquí...

—No nos gustan los escándalos, la mayoría de nuestros pacientes viven aquí desde hace años, no puedo asegurarte que siquiera sepan su nombre, la mayoría no tiene familia.

—¿Cómo hacen con el pago de su estadía?

—Hace años que el estado dispone una manutención para mantener este lugar, también hay fundaciones y voluntarios, con eso nos las arreglamos.

—Aun así... ¿Podría hacer algunas entrevistas?

—Dijo mordiéndose el labio.

—¿Qué beneficio nos puede traer eso? —quiso saber mientras la examinaba con sus ojos azules.

—Quizás yo podría ayudar a darles más visibilidad para que obtengan más donaciones.

—Mmm... —Se quedo pensativo ante la propuesta de Margarete. —¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—Quiero saber cómo fue la convivencia en el pueblo después de la guerra, a que se dedicaba la gente y porque lo abandonaron.

—Vayamos a mi oficina, quizás ese reportaje puede ayudar a que tengamos más donaciones, podemos ver que perfil estas buscando. —Mientras señalaba la puerta.

Oficina del director, 13:15 pm

El director es un hombre amable, no fue difícil convencerlo de que me ayude. Tengo una extraña curiosidad por conocer todo lo que sucedió

en Bodie, es difícil obtener respuestas cuando no existen registros. Entro a su oficina y me hace tomar asiento, detrás de él hay un portarretrato de el con dos niñas, me imagino que son sus hijas y a juzgar por la ausencia de una figura materna quizás es divorciado o viudo.

—No tengo mucha información que darte, mi padre era el antiguo director de este sitio, después de su muerte me ofrecieron el puesto y acepté.

—Lo lamento ¿hace cuánto tiempo que esta en este lugar?

—Desde hace cinco años, es un lugar que está en decadencia por la falta de fondos, las pocas mejoras que hemos logrado han sido por donaciones.

—Se levanto y camino hasta un archivador que medía casi dos metros, abrió la primera gaveta y comenzó a buscar. Sacó una carpeta y volvió a tomar asiento detrás del escritorio. —Esta residencia se inauguró en los años cincuenta, la intención era que quienes llegaran de la guerra tuvieran una temporada aquí.

—¿Recibían personas de cualquier lugar? —quise saber mientras intentaba ver que decía la carpeta que tenía en las manos.

—Solo se recibía a personas de pueblos cercanos,

Bodie, Bridgeport, Willow Springs y Dog Town.

—Entonces quizás sus pacientes mas antiguos sean de Bodie. —Mi comentario era obvio, solo quería que me permitiera hablar con algunos pacientes.

—Tenemos siete personas que aún están vivas, e ingresaron aquí en 1950 cuando la residencia fue inaugurada, las dos primeras en la lista son de Dog town, otras tres son de Bridgeport, las últimas dos son de Bodie, aunque... —Se quedo pensativo mientras acercaba la hoja un poco más.

—¿Cuál es el problema?

—Ambas tiene un tipo de demencia. —Una de ellas es Regina, setenta y tres años, se ingresó aquí después de varios episodios psicóticos, actualmente sufre de Alzheimer.

—¿Y la otra persona?

—Es un hombre de ochenta y tres, se ingresó después de la guerra, esta diagnosticado con Parkinson.

—¿Aun así los puedo entrevistar? —Lo mire fijamente esperando de que me dijera que sí,

—No tengo problemas con que hagas algunas entrevistas siempre y cuando me las muestres después, no quisiera que se filtre alguna información

que nos perjudique. Además, me gustaría que el periódico nos ayude a conseguir donaciones.

—Haré todo lo que este a mi alcance para que así sea. ¿Dónde puedo conseguir a los dos pacientes?

—Le diré a mi secretaria que te dé un tour por las instalaciones y que te ayude a identificar a las personas que buscas.

—Eso sería excelente, muchas gracias.

—Una cosa más... —Sus ojos estaban fijos en mí

—¿Sí? —Pregunte confundida.

—Nos hace falta algunas manos, ya que harás un reportaje documental sería bueno que conozcas de cerca todo lo que sucede aquí.

—Claro que sí, mi estadía será corta, pero puedo ayudar en lo que haga falta.

Agarro el teléfono fijo de su escritorio y marco algunos números, alguien más contesto del otro lado.

—Alicia, necesito que le des un tour a la señorita Margarete por las instalaciones, nos estará ayudando en lo que haga falta, hará algunas entrevistas a la paciente 019 y el paciente 033.

Se escucho una respuesta corta al otro lado de la línea, trancó el teléfono.

—Mi secretaria te está esperando afuera, espero que disfrutes tu estadía por aquí. —Su tono es irónico y resulta incómodo.

—Muchas gracias por su ayuda. —Me levanto y doy la vuelta.

La secretaria me está esperando afuera, era una mujer bajita, llevaba el cabello recogido, es demasiado amable, vamos caminando por el pasillo y comienza a hablarme de todos los problemas que tiene la residencia, el lugar se ve descuidado. La escucho quejarse de algunos pacientes y enfermeros que no la obedecen, primero me llevó al patio mientras me explica los horarios en que los pacientes tienen contacto con la naturaleza, algunos aprovechan de tomar sol. Cruzamos el patio hasta llegar a una cabaña, ahí estaba la cocina, tiene un comedor en la parte de atrás, caminamos hasta un pasillo donde hay habitaciones, tienen setenta y siete pacientes, tres doctores encargados de los diagnósticos, catorce enfermeras, dos personas encargadas de la limpieza, tres de la cocina, un vigilante que cada dos semana cumplía funciones de jardineros, la secretaria, el encargado y el director. Ciento tres personas que consideran este lugar su hogar.

—Todos los pacientes llevan uniforme, es lo más

fácil para llevar un control de sus medicamentos y que ninguno escape, en la camisa llevan un número ¿qué número estas buscando?

—Pacientes 033 y 019. —Mientras verifico en mi agenda.

—Aquella mujer sentada en el banquito debajo del árbol es 019, es una de las más antiguas de este lugar. A muchos pacientes solo hay que creerles la mitad de lo que dicen, no se sabe cuándo dicen la verdad o cuando están alucinando. Yo estaré en mi escritorio, si necesitas ayuda cualquier enfermero te ayudara. —Señalando a la mujer sentada

—Gracias

Me acerque sin saber que decir. ¿Qué era realmente lo que estaba buscando? El reportaje solo necesita fotos de los pueblos y una reseña que haga referencia de lo maravilloso que fue en algún momento.

—Hola, ¿me puedo sentar? —Pregunte tratando de no asustarla.

—Ustedes los enfermeros no tienen nada mejor que hacer, tanto espacio y tienes que venir a joder mi tranquilidad.

—No soy enfermera —Respondí tratando de defenderme.

—Entonces, ¿Qué eres? ¿Una voluntaria que tampoco tiene nada mejor que hacer?

—Tampoco soy voluntaria.

—¿Entonces?

—Pregunto confundida

—Mi familia me dejó aquí para que pase una temporada, deben pensar que estoy loca. —Mentí intentando sonar convincente.

—¿Estás loca?

—Yo diría que no.

Nos quedamos en silencio contemplando lo que sucedía en frente de nosotras, un paciente se quitó la ropa y estuvo corriendo desnudo en círculos mientras dos enfermeros intentaban agarrarlo, luego se tiró al piso y defeco. Uno de los enfermeros vomitó mientras el otro corría a buscar más ayuda con la bata llena de eses.

—Si eres nueva... ¿Por qué no tienes el uniforme?

—Me dijeron que me darían uno la siguiente semana porque ahora mismo no tienen.

—Yo pedí un uniforme nuevo hace un año y todavía lo estoy esperando.

—Me llamo Margarett por cierto.

—Yo soy Regina.

—¿Hace cuánto tiempo que estas aquí? —Intente decirlo lo más desinteresada posible, la idea de hacerme pasar por paciente estaba funcionando

—Llegue aquí en 1950, tenía veinte y tres años, demasiado joven. —No había emoción en su voz

—¿Tu familia también dijo que estabas loca?

—No. Vivía con mi hermana, ella murió y me quede sola. Estuve buscando al culpable, la gente de ese maldito pueblo dijo que yo estaba loca, lo único que estaba buscando era justicia. Así que el alcalde me interno aquí diciendo que era lo más conveniente.

—¿En qué pueblo?

—Bodie, he escuchado que ahora nadie vive allí y que es un pueblo fantasma.

—Creo que escuche lo mismo, es raro que las personas hayan dejado su hogar.

—Ese lugar no era un hogar, estaba lleno de maldiciones, nunca sucedía nada bueno, la gente moría de hambre, no había trabajo, poco a poco la gente fue enloqueciendo.

—Suena bastante horrible.

—¿Has escuchado hablar de la maldición de las minas?

—No.

—Bueno, Bodie siempre estuvo maldito. Cuando llego la guerra era un pueblo minero, todos los hombres tenían dos opciones, o ir a la guerra o trabajar en la mina, no importa que eligieran siempre existían dos resultados o se volvían locos o nunca volvían.

—¿Cuál era la maldición? —Pregunte sin entender a qué se refiere.

—Justo antes de la guerra la población crecía, inauguraron restaurantes, burdeles y sala de opera...

—Levanto su cabeza y se quedó mirando hacia el cielo antes de continuar— Fue una buena época, circulaban varios periódicos. Se construyeron iglesias, bancos, escuelas.

—¿Qué salió mal? —No quería presionarla, pero me interesaba saber lo que había sucedido.

—A veces había crímenes, robo, algunas violaciones, peleas en los bares. Poco a poco ganamos una mala reputación. La gota que derramo el vaso fue el asesino de solteronas. Un religioso lo señaló como “un mar de pecado, azotado por la tempestad de la lujuria y la pasión”

En ese momento se acercaba uno de los enfermeros, Regina bajo la voz y dijo que seguramente nos venían a buscar para encerrarnos.

—Regina se acabó la visita por el día de hoy, necesitas tomar un baño. —Se acercaba para tomarla por el brazo

—Ella no es una visita, es un huésped más de este asqueroso lugar. —Escupió al piso

—Lo que digas, vamos que se hace tarde y tengo otras cosas que hacer.

Se alejaron sin volver la mirada, ella iba discutiendo con el enfermero. Me levante y camine en dirección a la oficina del director, quiero que me dé un uniforme, es la manera más fácil de acercarme a las personas sin que estén a la defensiva. El director estaba detrás de su escritorio leyendo un libro, no se sorprendió al verme, cuando le expliqué mi plan no pareció convencido, pero tampoco estuvo en contra. Su secretaria trajo un uniforme amarillento que era una talla más. También me ofreció compartir cuarto con un esquizofrénico que necesitaba vigilancia, rechace la oferta, según él me ayudaría a vivir la experiencia aún más de cerca.

Salí de la residencia, me monte en el auto y con-

duje hasta el hotel, en recepción estaba el mismo chico, pague dos noches más y me subí a mi habitación exhausta. Me acosté en la cama mientras repasaba todo lo que me había sucedido en el día, anoté algunas observaciones en la agenda, la información de Regina tenía sentido, al día siguiente podré preguntarle del asesino, quizás es el mismo que escribió en la libreta que encontré.

Residencia abuelos de guerra, segundo día 8:00 am

Margarette está en la entrada de la residencia esperando que abran las puertas a las ocho y media de la mañana. La secretaria aún no había llegado, un enfermero se ofreció a ayudarla. Pregunto por Regina, el enfermero le explico que el día anterior había tenido un ataque mientras dormía y se encontraba sedada.

—¿Es algo que le sucede a menudo? —Le preguntó al chico mientras caminaban por el pasillo.

—En ella no es habitual —Dijo encogiendo sus hombros. —¿Buscabas a alguien más aparte de la paciente 019?

—El paciente 033.

—Regina es amable, todos aquí hemos tenido alguna conversación interesante con ella alguna vez, con el otro paciente si vas a necesitar algo más de suerte.

—¿No habla?

—Mas bien no le da la gana de hablar.

Caminaron por el pasillo que tiene salida al patio. Algunos huéspedes caminan solos, otros comparten las mesas de ajedrez, algunos estaban acostados sobre la grama.

—Todos los días se acuesta en la grama para tomar el sol. Le dicen el “veterano” por todos los años que tiene aquí. —Dijo señalando a un hombre que estaba boca arriba.

—Está bien, gracias.

—Estaré repartiendo algunos medicamentos, si necesitas algo puedes encontrarme en enfermería.

—¿Dónde está la enfermería?

—Es la cabaña al lado del comedor, tocas la puerta y yo estaré adentro.

—Está bien. —Le dirigió una sonrisa como agradecimiento.

Se alejó en dirección al viejo de la grama, cuando estuvo lo suficientemente cerca, se acostó a su

lado. Cerro los ojos y espero. El hombre volteó y se le quedo mirando, le toco el hombro con el dedo índice, pero Margarete no se movió. La volvió a tocar con más firmeza.

—Este es mi espacio, hay mucha más grama donde puedas ir a tomar el sol. —Dijo a la defensiva.

—Solo estoy aquí de vacaciones. —Dijo sin abrir aun los ojos.

—¿Vacaciones en un loquero? —Pregunto confundido

—¿Se te ocurre un lugar mejor?

El viejo se echó a reír al punto de doblarse en posición fetal. Otros pacientes miraron en su dirección sin prestar demasiada atención.

—Me parece que eres una enfermera nueva.

—¿Parezco enfermera?

—No.

—¿Entonces que soy?

—Eres nueva, no te había visto antes por aquí.

—Quizás soy una investigadora de leyendas. —
Dijo cuando el viejo ya se había callado

—Estás loca. —Mientras se reía.

—¿Conoces alguna leyenda? Aquí todos los pacientes son aburridos, no tienen nada interesante que contar.

—¿Qué tipos de leyendas?

—¿De dónde eres?

—De Bodie, pero de ahí no hay mucho que contar.

—Otro paciente aburrido. —Se empezó a levantar lentamente.

—Espera ¿te gustan las historias de asesinos?

—Pruébame.

—Es la única leyenda relacionada con ese maldito pueblo. Yo viví allí antes de acabar en este depósito de enfermos. Hay una leyenda que dice de un hombre que se volvió loco después de perder su hijo en la guerra.

—¿Qué hizo?

—La leyenda dice que mato a su esposa y luego se suicidó, pero... —Vacilo mientras terminaba la frase.

—¿No lo hizo?

—No es del todo cierto, la única parte cierta de la historia es que se suicidó, todo lo demás es mentira.

—¿No mato a su esposa?

—Mato a su esposa y a otras chicas más. Pero luego de que se ahorcara en la iglesia aparecieron más asesinatos.

—¿Sí?

—Si, algunos en los pueblos cercanos. —Dijo mientras ponía sus manos detrás de la cabeza.

—¿Nunca supieron quien había sido?

—La gente cree que fue su espíritu que se quedó penando, pero yo creo que alguien más lo imito.

Un enfermero los interrumpió para llevarse a el viejo a su cita médica, se encontró al director mientras volvía a su auto, la saludo con la mano y Margarette apretó el paso para evitar cualquier pregunta incomoda. Condujo hasta el hotel, tomo una ducha y se cambió de ropa, recogió las pocas pertenecías que tenía regada en la habitación, entregó la llave en recepción y volvió al auto.

Tenía información suficiente para el reportaje, pero algo la inquietaba, pensar en los asesinatos le daba escalofríos, lo cierto era que no había información sobre eso, las únicas dos personas que podían haberle dicho algo, estaban locas. Se había olvidado de su móvil y cuando logro conectarlo al

cargador. Su jefe había enviado algunos mensajes de texto preguntando que había sucedido y cuando estaría de regreso.

El siguiente destino era Chaco Canyo, las horas pasaban mientras conducía por la carretera asfaltada, cuando estaba a dos millas de su destino, vio un Motel y decidió parar, la luz del día se había ido, lo mejor sería descansar. Sonó el teléfono, la conversación con su jefe fue breve, le dijo que necesitaba que volviera pronto y que con la información y fotos de Bodie y Chaco Canyo sería suficiente.

Al día siguiente muy temprano, siguió su camino hasta la entrada del parque Chanco Canyo que se consideraba patrimonio de la humanidad y que tenía mucha historia. Tomo tantas fotografías como fueron posibles.

Un joven se le acercó y le pregunto si quería que le contara la historia de aquel lugar.

—Sería de mucha ayuda, en la entrada no encontré a nadie que pudiera ayudarme.

—Este es un parque histórico nacional, patrimonio de la humanidad, alberga la mas densa y excepcional concentración de pueblos en el Suroeste de Estados Unidos.

—¿Pero ahora son solo ruinas?

—Tiene la mayor cantidad de ruinas antiguas al norte de México.

La conversación continúa sobre algunos detalles históricos y sobre las costumbres culturales de los habitantes. El chico había estado haciendo un informe para la universidad.

Estaba enojada, no se sentía conforme, algo en su cabeza la estaba molestando. Había hojeado el diario, pero muchas de las hojas estaban dañadas.

Los siguientes días se dedico a tomar algunas fotos y hablar con quienes trabajaban en el parque, su madre estaba preocupada porque llevaba algún tiempo sin verla, su jefe estaba estresado porque se habían quedado sin fotógrafos en la revista.

Decidió que cambiaria la ruta para devolverse a San Francisco, pasando de nuevo por Mono City, despidiéndose del director de la residencia y aprovecharía para comprar algunos souvenirs que le recordaran que había estado en ese lugar, además quería tomar algunas fotos al lugar para luego publicarla en la revista y conseguir donaciones.

Seis meses después

El reportaje documental fue publicado, las primeras cuatro paginas hablaba de Bodie, estaba acom-

pañado con fotografías del lugar y una reseña en cada una de ellas, se limitaba a describir el lugar, un poco de su historia y de como termino abandonado por sus habitantes, las siguientes paginas hablaba de Chaco Canyo, algunas imágenes con descripciones, y recomendaciones para visitarlo.

La revista accedió a publicar una nota sobre la residencia “Abuelos de guerra”, mostraba fotografías del lugar y sugería donaciones para hacer mejoras. Días después de la publicación, una carta llego a la revista en un sobre blanco, estaba dirigido a Margarett, había sido dejado en recepción.

Margarett entro con prisa, iba tarde a una reunión, la recepcionista le hablo mientras pasaba por el frente.

—Margarett buenos días, tengo correspondencia para ti. —Extendía algunos sobres en su dirección.

—Sophia buenos días, tengo prisa, luego lo reviso. Gracias. —Los tomo y metió en su cartera sin prestarle atención.

—De nada. —Mientras se sentaba y continuaba con lo que estaba haciendo antes.

Cruzó el pasillo hasta llegar a la sala de reuniones, todos estaban adentro y la única que faltaba era ella.

—Parece que a alguien se le pegaron las sabanas hoy. —El director usaba un tono sarcástico siempre que quería ridiculizar a alguien.

—Lo siento. —Mientras tomaba asiento al lado de Lucy.

—Necesitamos organizarnos para poder cubrir los eventos del mes que viene, por cierto, Margarete... —Vacilo mientras la miraba con atención. —El reportaje documental fue un éxito, tengo entendido que la residencia ha tenido muchas donaciones gracias a la nota que publicaste. Ha llamado el director esta mañana.

—Que bien.

—Delante de ustedes hay una carpeta con una lista de eventos, tienen asignado los nombres de los responsables. Quisiera que hagan un itinerario y una propuesta para que me lo envíen por correo electrónico.

La reunión continuó hablando sobre algunos detalles que el director consideraba importante para el abordaje de esos eventos, Margarete estaba distraída, esa tarde iría a visitar a su madre que tenía dos meses sin ver.

—Eso es todo por hoy chicos. Pueden continuar con sus labores. —Se dio media vuelta y salió de la sala de reuniones.

Volvió a su oficina, se sentó en el escritorio y saco la correspondencia que había metido en la cartera, había seis sobres, estados de cuenta del banco, algunas facturas, el ultimo sobre no tenia remitente y solo tenia escrito en lapicero azul “Para: Margarette. Dirección: San Francisco Times, 13259 Fern Glossom, drive, San Francisco, California”

Abrió el sobre, adentro había una hoja que había sido arrancada de un cuaderno y estaba escrita a mano.

25 de Mayo del 2020

Hola Margarette, soy el paciente 033, después de que te fuiste hace un par de semanas, comencé a averiguar quien eras, no fue difícil porque aquí todo el mundo es chismoso, en especial con las personas nuevas. El director me conto que estabas haciendo un reportaje documental sobre algunos pueblos, entre ellos Bodie, ahora entiendo porque me hacías preguntas y te interesabas por lo que yo decía. Es algo inusual por aquí. Lograste engañarme, realmente llegue a pensar que estabas loca y que te quedarías aquí una temporada, por cierto, si estas leyendo esto significa que estoy muerto. Le pedí a la secretaria que cuando muriera esta carta sería enviada a ti. Es algo así como el último deseo del muerto. Nunca pude terminar de contarte la historia del asesino serial. Es cierto que Gianni

mato a su esposa y aquellas chicas para luego suicidarse, esa es la historia que todo el mundo conoce. Antes de hacerlo me contó lo que había hecho, yo era su amigo, su mejor amigo, incluso podría decir que era como mi hermano, mi única familia. Él amaba a su esposa, estaba embarazada, cuando su hijo se fue a la guerra sufrió mucho, pero aun así tenía la esperanza de que volviera sano y salvo. Siempre estaba con su esposa, era feliz, realmente la amaba, el día que llegó la carta diciendo que su hijo había fallecido gracias a dieciochos balas en su cuerpo y que ni siquiera lo verían por última vez para enterrarlo, no podían trasladar a los muertos. Así es la guerra de cruel. Se volvió loco. Esa noche había estado bebiendo todo el día, llegó a su casa, ella dormía y la apuñaló dieciocho veces en la barriga. Luego se fue de su casa enloquecido y la dejó desangrarse, los días siguientes mato a otras chicas de manera similar. Yo lo busqué, quería ayudarlo. Lo encontré en la iglesia que ya en ese momento estaba abandonada. Con los asesinatos el cura había pedido traslado dejando al pueblo sin la presencia de Dios, éramos como un pueblo sin ley. Cuando lo encontré ya había estado intentando quitarse la vida, me dijo que había escrito un diario, pero nunca me dijo donde lo guardo, esa noche me fui y lo deje ahí con la soga, una parte de mí sabía que

acabaría con su vida. Así fue. Mi amigo se había ido. Me llevaba algunos años, cuando reclutaron hombres para la guerra yo me fui, pero en el camino me lesioné, prefirieron devolverme a casa, no les servía un soldado así. Me sentí mal, aunque después me di cuenta que fue lo mejor para no acabar muerto. Cuando consiguieron su cuerpo en la iglesia, las viejas comenzaron a hablar, me llene de odio. ¿Qué sabían ellas del dolor que tuvo que aguantar? Decidí hacer algo. Regué el rumor de la leyenda y escogí una víctima para hacerlo realidad. Fue fácil, escogí a las hijas de todas esas viejas chismosas, quizás eran tres o cuatro, lo empecé a disfrutar, las seguía de noche, esperaba que entraran a casa, cuando sabía que estaban durmiendo, entraba y las mataba. Luego viajé a otros pueblos y comenzaba a hablar de la leyenda en los bares, lo hice una y otra vez, era liberador, se sentía bien poder decidir sobre la vida de alguien más, lo hacía mientras dormía para que así no sufrieran tanto, supongo que aun queda algo de compasión en mí. Eres la única que lo sabe ¿Sabes porque te lo cuento? Cuando te conocí, despertaste ese antiguo deseo en mí, esa noche le pregunté al enfermero cual era tu habitación, pero no me lo dijo, luego descubrí que ya no estabas, te habías ido. Estoy viejo, ya no tengo la misma fuerza de antes, pero estoy seguro

de que hubiese podido mostrarte la leyenda de cerca. Que lastima, al final parece que si estoy loco.

Atte. Paciente 033

Margarette contempló la carta sin saber que hacer, hay viajes que son una sorpresa. Esa carta no lo podía ver nadie más, pensarían que no era real y que se había vuelto loca. Guardo la carta en la cartera. Sonó el teléfono.

—Alo... —Vacilo esperando una respuesta al otro lado de la línea.

Marga, soy mama, no has llegado y me preocupe, tu teléfono suena como apagado.

—Mama lo siento, tuve un imprevisto, pero ya voy saliendo.

—Acá te espero cariño.

Se levanto del escritorio, agarro la cartera y se fue.

Contenido

7	Nadando con Cleopatra
15	Gelato di Casoli
19	En tercera persona
23	Una mañana inusual
29	Margarette

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de noviembre de 2020, el mismo día del año 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo.

www.sultandellago.com